

Ahora sólo le quedaba una de sus «hijas», cuya existencia ignoraban las hermanas. De lo contrario, la hubiesen despreciado. Le llamaba Fifi. Resultaba absurda con su traje desteñido, sus mofletes manchados de tinta y los brazos sólidamente atados con un bramante negro. No sabía bien qué recuerdos le evocaba; pero siempre que tras una limpieza se quemaban cosas, la muñeca se salvaba. Allí dormitaba entre los pliegues amarillentos de las sábanas de hilo de la abuela y los cuadernos con sus garabatos de colegiala primeriza y sus bosquejos de joven enamorada.

Quedó atrás el muchacho con quien había tropezado y que le había sugerido aquellos pensamientos; delante, la Gran Vía inundada de luces y con el hervor de gentes atareadas.

Vaciló un momento en dar un paseo curioseando dentro de la pecera de los escaparates. Volvería a tropezar con jóvenes altos y bien vestidos que le mirarían con el ceño fruncido. Se decidió súbitamente y se encaminó hacia el «Metro».

Frente a las puertas de entrada, un mundo heterogéneo, duro y mal educado y el timbre... subiendo y bajando, como si fuese una bomba de gasolina, le produjo una extraña impresión.

Impaciente, se alejó de las puertas y se lanzó por los escalones que se hundían, sucios y lóbregos, en la tierra.

Un tacón se le agarró en el reborde de una escalera. Impulsivamente se sujetó a la barandilla y allí permaneció un momento suspensa. El corazón le golpeaba fuertemente en el pecho y «la cabeza a pájaros», en una serie de imágenes, le representó su final. En el descansillo mugriento y gris quedaría como Lilali, la muñeca de cara de porcelana. En la cabellera desmelenada se enredarían trozos de papel, y la sangre trazaría sobre su cara el enrejado de las roturas, como había sucedido con Lilali.

Le habían repetido tantas veces que la muerte no importaba nada, que ella también había intentado sugestionarse. Pero no le era posible contener un estremecimiento pensando en ella. Además, la quería agradable, lírica. No por una especie de sibirismo. En realidad, había tenido muy pocas compensaciones en la vida; pero ella, como el perdón y la sonrisa que le había dirigido, amable, al caballero de labios finos: odiaba todo lo feo, lo desgarrado, lo descortés; sacrificaba a la compostura, a la buena educación, muchos de sus deseos. Si le consultasen, elegiría para su muerte una habitación clara, con la ventana abierta al sol de abril, las flores nuevas en las macetas y las golondrinas ensayando sus vuelos en el cielo recién pintado de azul, risas de niños y repicar de campanas. Y luego, un cementerio quieto, a la sombra de una iglesia chiquita...

Cogió el billete que tras la jaula de vidrio le tendía una mano de mujer y sonrió a los que llegaban corriendo a colocarse en la cola tras haber esperado el ascensor. ¿Para qué querían, aquellos seres agrios y mal educados que ahora se empujaban y daban codazos, los músculos y los nervios?

En amplio paso de Diana cazadora acostumbrada a largas caminatas, desapareció por bóvedas y pasillos hacia el andén. Su «cabeza a pájaros» hacía una selección entre las cosas que le molestaban y debía sufrir y aquellas otras que podía evitar con una mínima atención. Desconocía la serie de los reyes godos; pero sabía, en cambio, hacia dónde situarse en el andén para coger el «Metro» y luego ir más cómoda. En último término, estos conocimientos resultaban más importantes.

Se colocó en el centro del largo pasillo y esperó.

En su «cabeza a pájaros», precisamente en la nuca, sintió el peso desagradable e insistente de una mirada.

Se volvió.

A veinte pasos se encontraba un hombre vestido de luto; calvo y grueso.

Había una luz tan extraña en aquellas pupilas, algo tan inquietante en aquel rostro tendido hacia ella, que la muchacha, siempre audaz, tuvo un encogimiento instintivo de miedo.

Para dominar su intranquilidad y como si se tratase de contener la agitación tras un duro ejercicio gimnástico, hizo unas profundas aspiraciones y, antes de que se hubiera dado cuenta de cómo lo había realizado, se encontró en el extremo del andén.

Su voluntad se ejerció en los gráficos de la pared que señalaban sobre el tono arena, en líneas y círculos, trayectos y estaciones.

—Por allí—pensó—hay un recodo. Y hacia aquel lado, ¿qué edificio habrá?

Se volvió instintivamente. El hombre caminaba lento en su dirección. Advirtió, ahora que estaba más cerca, que la corba-

(Continúa en la pág. 54)

Allá, en la oscuridad del túnel, apareció la pupila sangrienta de los faros del «Metro»



ORIA DE
"PÁJAROS"